

Frente libertario

Madrid,

29 de abril

de 1938

Número 459

DITADO POR EL COMITE DE DEFENSA CONFEDERAL REGION CENTRO

IMPERATIVO DEL MOMENTO

EFICACIA

En esta hora decisiva que está atravesando el proletariado español, cuando todas las energías deben ponerse a contribución y todos los esfuerzos adquirir el ritmo acelerado de los momentos trascendentes, es necesario que todos nuestros actos y aun todos nuestros pensamientos lleven un sello inconfundible que les dé la tónica adecuada que imponen las circunstancias. Y ese sello está claramente expresado en una sola palabra: eficacia. Pensamientos eficaces, útiles a la victoria, como prólogo de actuaciones eficaces, encaminadas a la victoria y necesarias para ella. Todo lo superfluo e inútil, todo aquello que no sea absolutamente necesario para el triunfo o que no se encamine directamente a él, debe ser separado de la ruta del pueblo español. Todas las conductas, hasta los más ínfimos pensamientos de todos los que en verdad pretendan merecer el calificativo de antifascistas, deben tener como lema y como ejecutoria, la más noble que puede lograrse, la eficacia.

Ni conductas ni actuaciones que sean ineficaces deben respetarse. Porque en el mismo momento en que se respeten esas conductas ineficaces, habremos dado lugar a que una serie de energías más o menos considerables se encaminen por derroteros desviados de la senda militar y guerrera que todos debemos seguir; y entonces, al separarnos del fin último por el que tanta sangre se derrama y tantos sacrificios se realizan, habremos prestado, aunque sea inconscientemente, un apoyo real y efectivo a los rebeldes. Porque está bien claro que todo lo que no sea combatir a los rebeldes es favorecer sus designios.

¡Eficacia! Es la norma que debe imponerse a todos los antifascistas españoles para lograr vencer al enemigo. ¡Eficacia! Es la palabra que debe recorrer de un extremo a otro los ámbitos de la España leal. ¡Eficacia! Es el concepto que debe guiar todos nuestros actos, inflamar de fe de victoria todos nuestros pensamientos. Y quien no sea capaz de po-

nerse a la altura de las circunstancias, quien en estos momentos vacile y no ajuste su conducta a esas supremas normas de eficacia que son el imperativo cate-

górico del momento, no puede ser considerado como un desertor de su deber, como un hombre que, consciente o inconscientemente, es un instrumento de los rebeldes, un servidor de ellos. Y como tal debe ser tratado y apartado sin consideraciones de ningún género del camino áspero y rudo, pero palpitante de entusiasmo que conduce hacia la victoria de los humildes.

UN PELIGRO QUE HAY QUE ATAJAR

La funesta manía de opinar de lo que se desconoce en materia internacional, puede causar al pueblo gravísimos daños

Bueno sería que todos pensemos un poco frente a este problema vital

Malo es ya que todo lo fiemos de los vaivenes de la política internacional en torno a nuestra guerra; pero mucho peor, infinitamente más pernicioso es que quienes, poco o mal comprenden los complejos problemas internacionales, se desaten a opinar desde la tribuna y desde los periódicos en tema tan complicado y escabroso.

De poco tiempo a esta parte, no hay periódico que no hable de las reacciones que en el exterior producen los acontecimientos bélicos españoles. Se escribe y se habla sin control, sin orientación recta, sin conocimientos de la materia, en la mayoría de los casos. Y lo peor de todo es que, a base de esos frágiles conocimientos, se pretende orientar y encauzar a la opinión.

Tal nación, tal Potencia, nos ayudará. Para hacer esta afirmación se recurren a argumentar con los sofismas más absurdos. Pero, a renglón seguido, de la misma voz, de la misma pluma, sale esta otra afirmación que niega a la anterior: "Estamos solos, nadie nos ayudará." Y poco más o menos, volviendo la oración por pasiva, vuelven a emplearse idénticos argumentos que antes se hicieron para razonar la supuesta ayuda, que ya se consideraba inminente por el cronista o por el tribuno.

Todo esto no repercute en el exterior. La Prensa autorizada, la voz responsable no encuentra opinión que la tome en serio, allende nuestras fronteras. Ni se cotiza ni se barajan estas opiniones que nosotros tan cómodamente emitimos; pero, en cambio, si nula es la eficacia en lo exterior, bien pernicioso y peligroso es su acción sobre nuestro público.

Los españoles, justo es confesarlo, no han sido partidarios de los

estudios geográficos y políticos. Ni siquiera pone atención en estudiar los problemas de esta índole en cuanto a su orografía, su política y su tradición. Los fenómenos diplomáticos son casi desconocidos en nuestro clima. Mucho menos habría de interesarle a este individuo la observación de lo que pasaba por el Mundo.

Por esta razón, el que en estos momentos aspira a cubrir el papel de orientador y de encauzador de opiniones, sea desde la tribuna, desde la radio o desde la prensa, ha de procurar rodearse de las máximas garantías para no causar el efecto antipoda al que se propone. Sus reacciones personales en torno a la materia que va a tratar, deben ser sopesadas en lo más íntimo de su conciencia, para que la opinión no se desvíe, cosa fácil debido a la falta de preparación en que su organismo se encuentra para digerir estos platos fuertes de la política internacional.

Ni estamos salvados, ni no contamos con nada. Estamos y estaremos allí donde un Gobierno fuerte y enérgico, un Gobierno de guerra, capaz y decidido, quiera que nos situemos. Ni optimismo ni pesimismo. Y mucho menos razonamientos que se contradigan sin cesar. Porque el pueblo, con su fino instinto, no sabrá calibrar hasta dónde llega el límite de la buena fe de los espontáneos orientadores, que, a la vista de sus contradicciones, acabará por pensar si no sería mejor que, antes de decir hoy blanco y mañana negro, no se pasasen en estudiar, en sopesar ventajas e inconvenientes, para enjuiciar en un justo medio de ponderación y equilibrio, que a todas luces se distingue por su ausencia en la mayoría de los escritos y los dis-

cursos que, en torno al problema internacional y a sus repercusiones en nuestra política interna y al desarrollo de nuestra guerra, tienen que producir indefectiblemente; pero que, en la mayoría de los casos, sólo existen en las imaginaciones folletinescas de los que, sin preparación, hablan del tema más delicado, más difícil y más arduo que tienen planteados los hombres de Estado y los pensadores y escritores sociales y políticos del siglo.

Y, en cuanto a la buena fe de los orientadores, por ellos más que por nosotros, demandamos ecuanimidad. Porque el pueblo es muy perspicaz, a veces se pasa, y la Gran Guerra en España no tuvo otra repercusión espectacular que llegase al pueblo sino el convencimiento que del monstruoso desra-

mantimiento de sangre de espectáculo por plumas de una y otra fobia, a tanto la línea y a las órdenes de quien pagaba. Y esto que afortunadamente no se ha dado en nuestra guerra, por ser distinta en absoluto de las guerras de rapina y de luchas imperialistas que le antecederon. Por la cualidad que la define de guerra de un pueblo contra sus invasores. Pero de un pueblo que trabaja, no de un pueblo sojuzgado por conciudadanos que no trabajaron nunca, por explotadores que mangoneaban su política, que tiene derecho a que se le oriente con serenidad, con ponderación y con ecuanimidad y justicia, para que de los contrasentidos, por defecto, no puedan nunca sospecharse involuciones con un fin determinado.

SIETE LACRAS SOCIALES

FRIVOLIDAD

Vaya de antemano esta notoria diferencia entre frivolidad y alegría, por si alguno de nuestros lectores incurrieran involuntariamente en el error de confundirlas. La alegría sana, de cuerpo y de alma, es una virtud; la frivolidad es una lacra de la que la Humanidad tiene que curarse so pena de que pretenda suicidarse. Un hombre alegre, es un hombre fuerte, optimista, audaz, humano, comprensivo, afable, capaz de concebir ideas generosas. Un hombre frívolo no es ni más ni menos que un tarado mental, un degenerado, una escoria social, un ser inferior: su limitada inteligencia sólo será capaz de concebir ideas perniciosas para sus semejantes.

Y en las revoluciones, como en el juego, en la sensualidad y en los excesos alcohólicos (sacudidas nerviosas que desequilibran el "statu quo" hipócrita que hace vivir al hombre una falsa vida de relación), es donde cada cual pone al desnudo su auténtica contextura moral. Y una revolución tan honda, tan generosa y tan audaz como la que vivimos, deja al descubierto, en grado superlativo, lo que cada hombre llevaba oculto en lo más íntimo de su manera de ser. En ese forcejeo diario entre la materia que acecha y el vivir que nos impulsa a defender la existencia, el "otro yo" escapa al control de nuestra voluntad y se exhibe tal cual es. Con su nobleza o con su ruindad. Si fea, si bello. Si bueno, si malo. Si generoso, si perverso. Si alegre, si frívolo...

La Humanidad, en estas circunstancias, es una fantástica película por la que todos desfiliarnos y donde todos somos espectadores. ¡Afortunado de aquel que, ante el "rol",

acierta a detenerse cuando ve su figura retratada en sombras y sepa localizarse, tal cual es, en esta imponente superproducción que contemplamos!

Los frívolos no acertarán a apocarse. Ya dijimos que eran unos retrasados mentales, y ahora agregamos que son, también, unos mopes de la vida.

¿Quién no ha visto el pasadizo de los frívolos por los atiborjados de nuestra contienda? Los que, al margen de toda responsabilidad, hacen de la inconsciencia un "modus vivendi"; aquellos que abandonan sus obligaciones con la misma facilidad que aceptan responsabilidades; los que creen que mandar es un privilegio que Dios o el Diabolo ha conferido a su persona y que obedecer es sólo rehuir el cumplimiento de los deberes que resulten enojosos; los que buscan "enchufarse" porque son sacerdotes de la secta del "ande yo cabiente..."; los que perpetran el horrendo crimen de dilapidar los sagrados intereses de la revolución; los que malgastan energías, propias y extrañas, en fútiles pretextos, para nada sirven y a ningún fin práctico conducen; los embriagados de imbecilidad, los fatuos, los engreídos, los endiosados, los que todo lo fían al azar y nada ponen en juego para conseguir el triunfo.

Los escépticos y acomodaticios, frívolos espectros, que desfilan su estulticia por las escenas de esta gran cita que proyecta ante el Mundo el grandioso argumento de nuestra tragedia nacional. Los nuevos "sabios" de la revolución, que de la política, de la revolución y de la guerra se hicieron "dilettantes" voluntarios.

Hacia un nuevo sistema de distribución de los productos alimenticios

Uno de los aspectos donde más intensamente se sienten las consecuencias de la guerra es en todo lo que a existencia, producción, distribución y consumo de víveres y productos alimenticios en general hace referencia. Aquí la guerra influye de una manera directa e inmediata. Y a la disminución de la producción, que es consecuencia inmediata de las movilizaciones progresivas que la guerra impone, se añaden las dificultades y en algunos casos deficiencias de la organización del transporte y las restricciones obligadas de las importaciones. Estas tres causas, actuando conjuntamente sobre la producción, distribución y existencias de víveres, dan lugar a que se tengan necesariamente que producir las correlativas restricciones en el consumo. Y si a todo esto añadimos el sabotaje sordo y amplio de los acaparadores, especuladores y demás negociantes de toda laya, encontraremos fácilmente, por una parte, la necesidad ineludible en que el pueblo español se encuentra de aceptar determinadas restricciones, pero también encontraremos, por otra, la explicación palmaria de muchas desigualdades que en la actualidad existen.

Todo esto hace necesario pensar en un nuevo sistema de productos alimenticios, siempre a base de una igualitaria distribución de los mismos, y teniendo en cuenta en todo momento que es absolutamente necesario dar la batalla a los especuladores, por una parte, y a los que, abusando de su posición política o social, se colocan en situación de privilegio, por otra.

Y esto por dos razones: la primera, porque el pueblo, como tal, como entidad social superior, que es quien soporta todos los sacrificios y a quien se piden todas las abnegaciones, tiene derecho a esa igualdad sin la cual es imposible exista entusiasmo y voluntad de sacrificio; y la segunda, porque es en este capítulo donde pueden darse mayores satisfacciones progresivas al pueblo que desde hace muchos meses viene haciendo amargas consideraciones en torno a los muchos vividores y desahuyados que medran y prosperan al socaire de la guerra y sus necesidades.

La realidad, no por amarga y desagradable menos realidad, es que el suministro que pudiéramos llamar oficial, es decir, el que se obtiene mediante las cartillas de aprovisionamiento, es absolutamente insuficiente para cubrir las necesidades mínimas de alimentación. Hay que vivir de cerca los repartos de alimentos que se hacen en nuestras tiendas de comestibles para adquirir la certeza absoluta de que sólo con ellos es de todo punto imposible vivir. Y mucho menos vivir trabajando intensamente como la guerra exige y requiere.

Ahora bien: mejor o peor, el

pueblo vive y trabaja. Luego la consecuencia inmediata que de esto debe deducirse es que todos, valiéndose de los medios particulares a su alcance, atienden, por su cuenta, a procurarse ese plus de productos alimenticios que es absolutamente necesario e indispensable y que oficialmente no se facilitan. Y en este mismo momento, cuando la iniciativa particular tiene que lanzarse a la búsqueda y adquisición privada de víveres, nos encontramos con la aparición de las circunstancias propicias a la existencia de la especulación y de toda la serie de vicios y gentes indeseables que son su secuela inmediata.

¿Soluciones? No lo es, desde luego, la persecución y el castigo de quienes por su cuenta se procuran los alimentos que oficialmente no se les suministran. El particular, sea cual fuere su condición social, que cubre sus necesidades mínimas e indispensables por su propia cuenta, al margen de la organización distributiva oficial, que no lo suministra lo suficiente, no actúa más que en lo que pudiéramos llamar, dentro de un amplio sentido del concepto, legítima defensa. Todo hombre tiene el deber de vivir, en tanto

no se enfrenta con circunstancias que le impongan el deber de morir si la muerte llegara a ser necesaria; y, por consiguiente, quien, al margen de la organización oficial, que, como ya decimos, es insuficiente, se procura lo necesario para vivir, se limita a cumplir con lo que es deber y ley de vida.

Creemos, por tanto, que no es en sus consecuencias, sino en sus orígenes, donde hay que atacar el mal. Es necesario proceder a una nueva distribución de los productos, a un nuevo sistema de organización de esa distribución. Y sólo así, cuando cada uno reciba lo suficiente para atender a sus necesidades, la iniciativa particular dejará de actuar y se habrá dado un golpe mortal a la especulación.

Y, ya encaminados hacia soluciones definitivas y más justas, bueno sería también tomar en cuenta, al mismo tiempo que se organiza el nuevo sistema de distribución que las circunstancias han hecho necesario, pensar en la sustitución de la cartilla de consumidor por la cartilla de productor. Pero éste es ya otro problema que requiere ser tratado especialmente y con la necesaria amplitud.

Hay que poner coto a la carestía de los productos

Los precios que han adquirido todos los productos es cosa que perjudica en grado importante a nuestra causa. Desde las alturas se han lanzado frases contra los especuladores; pero esto, con ser interesante que el Gobierno esté decidido a castigar esta delincuencia que dispone de bastantes medios para burlar las disposiciones en algunos aspectos, no es suficiente. Interesa tratar el asunto a fondo, comenzando por el principio, para que dé el resultado que el pueblo necesita y que el Gobierno debe tener interés en conseguir.

Esta guerra, para el antifascismo, no puede ser una guerra de negocio; es fundamentalmente una lucha en defensa de la libertad, donde perjudican y sobran los negociantes, donde es preciso premular las disposiciones necesarias y hacerlas cumplir, para terminar con los que ponen el interés de su bolsa por encima del interés general.

No es suficiente establecer tasa a los productos alimenticios; es preciso extenderla a los demás, haciendo un estudio en que los precios designados permitan al comercio la utilidad prudencial en relación con su trabajo. Hay gobernadores que han realizado acertadamente algo en este sentido, y esta iniciativa debe de servir al Gobier-

no para ampliarla a toda la España leal.

Sabemos que cualquier producto en su origen de producción no puede tener el mismo valor que al proporcionárnosle a gran distancia. Por ello, no se entienda que nos referimos a que los precios han de ser en todos sitios los mismos; nos referimos a la necesidad de poner coto a los astronómicos precios que han adquirido, con tendencia a adquirirlos aún mayores, para conseguir, tasando todos ellos, un nivel más en concordancia con el jornal de la gran mayoría de trabajadores, y porque la elevación de un producto tiene relación con el precio de los demás. Hay que conseguir que la escasez no eleve los precios, porque, en caso contrario, sólo los que disponen de dinero en abundancia o disfrutan de buenos sueldos podrán cubrir sus necesidades. Esta medida conviene en general a todos, porque todos somos consumidores y todos nos encontraríamos compensados entre la diferencia que pueda haber entre lo que percibimos como productores y gastamos como consumidores.

Más que problema de sabiduría, es problema de que las autoridades le aborden con decisión, en la seguridad de que no las faltará el concurso entusiasta del pueblo para resolverlo.

De no presentar la lucha las democracias, una a una, serán vencidas por el fascismo, sin más contemplaciones

Según una información de la Agencia Fabra, el presidente Roosevelt ha respondido, a las gestiones hechas por los partidarios de la España republicana en favor de un levantamiento del embargo de armas para el Gobierno de la República española, que considera que la ley había sido aplicada lo más equitativamente posible. Después de veintidós meses de demostrada invasión extranjera en la guerra española; después del reconocimiento expreso de Inglaterra de esta infame invasión, a pesar de haber respondido con subterfugios su Gobierno siempre que fué interpelado en la Cámara de los Comunes sobre este problema; al fin, con el Acuerdo angloitaliano, ha demostrado rotundamente que esta intervención italoalemana no la desconocía, y ha demostrado, también, que no hicieron lo más mínimo para evitar el audaz crimen que están cometiendo en nuestro país, estos dos Gobiernos fascistas. Después de demostración tan palpable para todas las democracias, y tan sufrida para el pueblo español, el presidente Roosevelt, si se refiere a su país en sus declaraciones, es fácil que las frases estén pronunciadas adecuadamente; pero a las alturas que se encuentran los acontecimientos, todos tan ligados internacionalmente, las Potencias democráticas no pueden seguir indiferentes ante las pretensiones del fascismo, que está imponiendo a sangre y fuego su tiranía a las naciones que en materia bélica son más inferiores; porque esto, no sólo significa por las democracias el renunciamiento a la defensa del derecho, sino que, con ello, el fascismo va logrando posiciones que le permitirán ir ganando batalla por batalla, hasta conseguir que Europa sea fascista, y,

conseguido esto, probablemente lograrlo en otros continentes.

No se puede seguir defendiendo la ley de neutralidad o "no intervención", no sólo porque esto significó poner en el mismo derecho al Gobierno de la República española y a los que contra ella se sublevaron, sino también porque los Gobiernos fascistas, interesados en ayudar a los sublevados españoles, han faltado de forma descarada y criminal a ese compromiso.

Las democracias están en el deber de obligar a estas Potencias a cumplir esta ley y restituir al pueblo español y su Gobierno el derecho a procurarse las armas precisas para la defensa de la libertad de nuestro país, que representa la libertad de todos los pueblos. No puede permitir que unos pocos, que están locos de ambición, vayan imponiendo a una mayoría inmensa en cada país, su odiosa tiranía. Esto sólo lo conseguirán si continúan la vergonzosa cobardía de todos los que están obligados a defender la libertad.

No se puede continuar en esta situación de pasividad contemplando la agresión infame que está haciendo el pueblo español pretextando evitar un mayor enfrentamiento, porque si se rehuye el planteamiento de forma compacta, dividido uno a uno, cada país democrático tendrá que aceptarle cuando los italianos se le presenten, teniendo entonces, todas las probabilidades de salir triunfantes en la contienda. No hay otro problema que decidirse, presentar la batalla decididamente y aplastar sin piedad la tiranía, porque, de continuar las vacilaciones en las Potencias democráticas, ellas serán aplastadas sin contemplaciones de ninguna índole.

Compensaciones

Se ha dispuesto que los funcionarios que estaban excluidos de percibir subvención, la reciban de cinco pesetas, y los que percibían diez por este concepto, en lo sucesivo se les reduzcan a la misma cantidad. Disposición acertada es ésta que ha promulgado el Gobierno, porque no es justo que unos se vieran compensados con este plus, mientras otros, haciendo sacrificio semejante, no les alcanzase la compensación. Esto, que nos parece muy bien, nos parece conveniente que se trate de ampliar lo estrictamente suficiente para que estos beneficios alcancen a los que más necesidad tienen y sienten.

Siempre que por las Organizaciones obreras se presentaron a la clase patronal bases de aumento en los salarios, no se pidió para todos el mismo jornal; pero se tuvo en cuenta pedir algo más de aumento para los jornales inferiores, porque son los que más lo precisaban y porque, permitiéndolo las circunstancias, la aspiración humana de llegar todos a hermanarnos, algún día, en una sola familia, tenía la interpretación de plasmarse en posibilidad.

Esta manía nuestra de pensar en

las desdichas de los inferiores medios y en capacidad, nos mueve a escribir estas líneas, por el caso de que no se hubiera pensado en ello, y, con ellas, contribuimos a remediar el involuntario olvido. Sería conveniente que a las familias que no excedan de cuatro o tres personas y no tengan ingresos superiores a 300 pesetas mensuales, se les proporcionase cuatro pesetas de compensación mientras dure la guerra o se logre abaratar los productos, y a las que sean más de cuatro o tres, seis pesetas. Aspiración modesta en proporción con la carestía que han adquirido los productos, que esperamos recojan las personas a quien compete, y que concuerda íntegramente con el carácter de la lucha que mantenemos por una España republicana, por una República libre y democrática.

Si diera la casualidad de que a breve plazo se convirtiera esta urgencia en realidad, lo